



Palabras del Presidente de la República de Bolivia, Carlos Mesa Gisbert, con ocasión de la Sesión Solemne realizada con motivo de su visita a la Secretaría General de la Comunidad Andina

Lima, 4 de agosto de 2004

(Versión magnetofónica NO OFICIAL)

Señoras y Señores:

Me siento muy agradecido por la oportunidad y el privilegio de estar aquí en la sede la Comunidad Andina que representa este esfuerzo de integración que estamos llevando adelante cinco naciones del subcontinente. He querido que me brinden esta ocasión y se lo he expresado al Secretario General de la Comunidad Andina, para poder desarrollar algunas ideas que nos permitan mirar de una manera más integral la realidad boliviana de hoy.

No va a ser, en consecuencia, mi intervención referida a un proceso de integración en el que estamos profundamente comprometidos, en el que creemos sin ninguna duda y al que estamos acompañando con acciones concretas en el proceso de transición histórica de los caminos de integración que hoy se abren a un espacio mayor que el de la propia Comunidad Andina, y ustedes lo saben muy bien, vinculado a la aproximación, a la integración, con el Mercado Común del Sur, el Mercosur.

¿Por qué este pedido y por qué este interés aprovechando mi visita de Estado al Perú?

Porque creo que el conocimiento de una nación es parte de este proceso de integración. El conocimiento de una nación que está tan estrechamente referida y vinculada al Perú, en su contexto actual, en el momento que atraviesa, puede ser útil para extender la interpretación de procesos políticos, de desafíos históricos y de circunstancias particulares, que enfrentamos varios países.

Bolivia vive un momento particular y distinto de lo que habíamos tenido como antecedentes en relación al análisis de lo que representa hoy su estructura política, mi propia presencia como Presidente y la forma en que estamos llevando adelante el desafío de una transición histórica que tiene metas muy claras, que nacieron precisamente de la crisis que se generó el pasado mes de octubre del año 2003.

Como ustedes saben, se produjo una situación en la que la primera respuesta positiva a la crisis fue la resolución constitucional de ésta a partir del mecanismo de sucesión constitucional que hizo que yo, como Vicepresidente de la República, ocupase el cargo de la Presidencia guardando la forma y el fondo de la Constitución de Bolivia.

El segundo elemento, a tomar en consideración, es que soy un Presidente sin partido político, no tuve militancia partidaria, fui candidato junto al Presidente Sánchez de Lozada como candidato independiente, ganamos las elecciones y me mantuve durante el año y dos meses de gobierno del Presidente Sánchez de Lozada, como Vicepresidente independiente.



La crisis de octubre expresó de una manera dramática el fin de un momento histórico, el fin de una etapa de nuestra democracia y la evidencia de que habían ciertas cosas que debían cambiar de manera fundamental. Y esa crisis se expresó, entre otras cosas por los problemas que enfrentaba el sistema de partidos. Particularmente el nivel de credibilidad, de legitimidad y de vinculación con la sociedad, de los partidos políticos que habían construido la democracia de pactos, que tuvo logros tan importantes, pero que llegó a un nivel de agotamiento tan preocupante como que fue uno de los factores que explican la resolución violenta, afortunadamente salvada por la democracia y por la tranquilidad, en la transición democrática.

¿Qué llevó a que el sistema de partidos en Bolivia entrara en esta situación?

Yo diría que el progresivo aislamiento del sistema partidario, particularmente de los partidos que desarrollaron la democracia de pactos por una separación cada vez mayor con la sociedad. Por un trabajo de cerrar un circuito de control del poder, de administración del poder y de privilegios cada vez mayores y más aislados de los partidos, que no necesariamente respondieron a las demandas de la sociedad boliviana.

El comienzo de ese giro, de darle la espalda al pueblo y de darle la espalda a los requerimientos de la sociedad, marcó un quiebre crítico en esa relación que tiene que ser fluida entre poder político partidario y sociedad. Los mecanismos de mediación, por lo tanto, se rompieron y esos mecanismos de mediación tuvieron que ser sustituidos y de hecho, hoy son parte de una relación que va de las organizaciones de carácter sindical, de carácter cívico, de carácter corporativo, directamente con el Estado representado por el Gobierno, "puenteando" a esa otra parte del Estado, que representa el Poder Legislativo.

Sin duda, también fue un elemento preocupante, y que tiene que ver con la solución por el desastre que pareció acercarse en Bolivia, un proceso creciente de burocratización y un proceso creciente de corrupción en la administración del Estado. Ese proceso creciente de corrupción en la administración del Estado planteó una deslegitimación de quienes representaban, a través del voto popular, al ciudadano común. A partir de 1985, Bolivia definió un camino que marcaba una visión distinta de lo que había sido el camino tradicional en la política de América del Sur. Particularmente, el sistema de voto de primera vuelta y segunda vuelta que marcaba la posibilidad de llevar a la Presidencia a quien gana la segunda vuelta; independientemente de la representación parlamentaria que se expresa en la segunda vuelta, reflejando los niveles de representación de la primera.

Bolivia a través de su Constitución y sin buscarlo de manera explícita, tiene el mecanismo del voto directo. Quien no obtiene -o si ninguno de los candidatos obtiene el 50% más uno de los votos- lo que ocurre es que es el Parlamento el que tiene que tomar la decisión, a través de un voto parlamentario, entre los dos primeros candidatos.

Esto marcó la posibilidad, después de la circunstancia que se vivió en el país entre 1982 y 1985, de un gobierno -el de la Unidad Democrática y Popular- que no tenía mayoría parlamentaria y que nunca pudo construir mayoría parlamentaria, de establecer la realidad de que un Gobierno sin esa mayoría estaba condenado a una oposición "secante" y a la imposibilidad de desarrollar mínimamente sus programas y



desarrollar mínimamente los proyectos de proposición que hacía al país. Estrangulado el gobierno a partir de un Parlamento en contra, las posibilidades de sobrevivencia eran limitadas.

Adicionalmente, Bolivia vivió entonces un proceso hiperinflacionario extremadamente crítico, uno de los más altos del conjunto de los países en la historia de las inflaciones en el mundo, lo que nos dejó un fuerte trauma. La lección entonces fue que no se puede llevar adelante un gobierno si no eres capaz de construir mayorías sólidas que permitan su control parlamentario.

Y, es a partir de esa realidad traumática, que se arma un triángulo que funcionó exitosamente entre 1985 y 2002, un triángulo con tres partidos fundamentales: el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), Acción Democrática Nacionalista (ADN) y el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR).

Si ustedes analizan los gobiernos de 1985 a 2002, siempre ocupa la presidencia algún miembro de esos partidos políticos, establecen un pacto, dos partidos en el gobierno y un partido en la oposición junto a otros partidos, que son también parte de esa oposición. Estos pactos llevaron a alianzas: ADN-MIR, ADN-MNR, y MNR-MIR, que permitieron el control del poder político y la viabilidad de la gobernabilidad. Definieron mayorías parlamentarias, establecieron pactos de gobierno y desarrollaron procesos de profundización democrática y de profundización de institucionalidad democrática.

Estos son los elementos positivos que tuvo Bolivia en lo que significa la consolidación de un sistema, que se traduce en la modificación constitucional de 1994, que se traduce en la profundización con instituciones como el Tribunal Constitucional, el Consejo de la Adjudicación, la Defensoría del Pueblo. Que establece un modelo económico, que nace en el gobierno del Presidente Paz Estenssoro con un Decreto, el 21060, que marca el comienzo de la liberalización y el fin del capitalismo de Estado. Que se expresa, de manera muy clara, en el primer gobierno del Presidente Sánchez de Lozada, con reformas estructurales traducidas en la capitalización de cinco empresas del Estado; el proceso de reforma educativa, con la educación bilingüe como el emblema más importante y el mecanismo de participación popular, que es el proceso más profundo de descentralización, generando los gobiernos municipales territorializados con administración directa de recursos que se transfieren por un sistema de coparticipación del Estado central al municipio, a través de dinero depositado en cuentas directas para su manejo, en función de las decisiones de los propios municipios.

Este es el mecanismo que marca los avances históricos de ese proceso democrático que parecía consolidarse en una buena dirección, pero que comienza a resquebrajarse en lo político -lo he mencionado ya- por los elementos antes indicados.

El tema de la corrupción, el tema de darle la espalda a la sociedad, el tema de generar un mecanismo de poder por la vía del prebendalismo, del cuoteo político y de una visión demasiado pragmática, quizás en el peor sentido de la palabra, de ese manejo. Y, por otro lado, un sistema económico o mejor un modelo económico que no es capaz, a pesar de los avances tan importantes que se realizaron, de responder a las demandas de la sociedad en función de la lucha contra la pobreza y en función de que el crecimiento macroeconómico tuviera una relación directa de causa y efecto, que no la tuvo con mejoras en las condiciones de vida del conjunto de los ciudadanos.



Quizás el puntillazo final a esto, el agotamiento del modelo económico y el deterioro y envilecimiento progresivo del mecanismo político de ese triángulo de partidos, que manejaron el poder, se ve expresado en la crisis sostenida, recesiva y de contracción económica por efectos de una crisis mundial y regional, en el período 1999-2002. Todos estos elementos llevan a que esta etapa, con sus luces y sus sombras, llegara a un punto de no retorno que se expresó por diversas razones en el proceso electoral del 2002 y, particularmente, en la crisis de febrero y octubre de 2003.

Esa crisis, esos factores de cambio, empezaron a verse cuando el año 2002 se rompe el triángulo de partidos tradicionales, cuando uno de los tres partidos se desmorona después de la administración del presidente Hugo Banzer, que tiene que enfrentar la crisis externa y que no es capaz de dar respuestas a los requerimientos de su solución; además de estos mecanismos de un ciudadano, que cada vez siente al poder político más lejos de él. En la elección del 2002, Acción Democrática Nacionalista cae a un nivel porcentual de votos inferior al 3.5% y quedan solamente el MNR y MIR, surgiendo dos partidos políticos; uno de ellos de particular importancia, el Movimiento Al Socialismo de Evo Morales, que ocupa el segundo lugar en las elecciones, después del candidato Sánchez de Lozada y que entra en el escenario de la política tradicional, de la política sistémica, rompiendo lo que había sido una lógica y una visión común de las cosas. Porque es importante decir, que independientemente de las diferencias existentes entre MNR - MIR y ADN, que eran más bien de carácter personal que de carácter de fondo, había una unidad de criterios, una visión común sobre el modelo económico, sobre el modelo político, dentro del sistema que hacía viable esta democracia de pactos.

El MAS viene de fuera del sistema político, nace del sindicalismo, se estructura como un partido que recoge varias tendencias, desde los nostálgicos marxistas del 70, hasta los sindicalistas productores de coca y en el medio, un arco bastante variopinto de ideología contestataria. Evo Morales, que lo representa, marca por lo tanto una inserción antisistémica que progresivamente va entrando en una nueva mecánica democrática que estamos viviendo hoy, pero que en el momento de su elección, como segundo candidato y como segunda fuerza política, está rompiendo estructuras y se va a enfrentar radicalmente al modelo económico y se va a enfrentar fuertemente al modelo político.

Adicionalmente, hay que analizar que los esfuerzos de una política populista, que de algún modo son colchón entre el sistema y el anti sistema, reflejados en dos partidos, CONDEPA de Carlos Palenque y USC de Marx Fernández; y que tiene una expresión curiosa en Manfred Reyes Villa, que tuvo el tercer lugar en esta elección; no pudieron cuajar como opciones alternativas al modelo desde la óptica populista y no pudieron hacer de colchón que pudiera evitar el surgimiento de fuerzas mucho más radicalizadas. La expresión mayor de ese concepto de radicalidad es Felipe Quispe, candidato aymara, con un nuevo partido que no conoce a Bolivia como nación o no reconoce a Bolivia como nación, cualquiera de las dos expresiones pueden ser entendidas como ustedes las prefieran y que define la necesidad de la reconstitución del Coyasuyo como una suerte de edición de racismo al revés, en respuesta al tradicional racismo blanco o blancoide que vive en Bolivia y que está enquistado en Bolivia, desde hace siglos.



El Movimiento Indigenista Pachucuti de Felipe Quispe obtiene el 6% de los votos, que es una votación significativa si consideramos que partidos fuertes y tradicionales, como Acción Democrática Nacionalista, no tiene ni siquiera el 3.5% de los votos. Esta insurgencia ¿qué nos está mostrando?. Nos está mostrando que la política tradicional se ha resquebrajado, que su poder de captar y reflejar al conjunto de la sociedad es débil, que existe un giro -y esto es muy importante-, creo que se está viviendo en toda América Latina: el centro político de la sociedad boliviana como ha ocurrido en la mayoría de nuestros países, se ha desplazado, se está desplazando de la derecha a la izquierda. Ese centro que, en la década de los años 80, se había desplazado a la derecha con la visión neoliberal, pasa ahora y se desplaza hacia la izquierda, porque la visión clásica neoliberal no pudo dar los resultados que se esperaban; o la visión neoliberal modernizada, que creo que fue la que se intentó aplicar en Bolivia, no logró los resultados y las expectativas que estaba buscando.

Este es un contexto político que comienza a resquebrajarse y que se desmorona de manera muy fuerte cuando se produce la crisis de octubre de 2003. Esa crisis de octubre tiene que ver adicionalmente con un factor de un fuerte contenido emocional, que hoy día hemos tenido como protagonista en la Carta de Intenciones firmada con el Presidente Toledo, se llama gas, se llama puerto por el que va a salir ese gas, se llama el concepto de componente emocional e histórico que para Bolivia, tiene este ingrediente.

¿Por qué el gas y no otro recurso u otro elemento del intercambio económico que ha tenido un desarrollo importante a lo largo de los últimos años, en nuestra relación con Chile?

Porque como producto del proceso de capitalización, y este es un elemento de mérito de ese proceso que no podemos desconocer, se logra la multiplicación de nuestras reservas de 5 trillones de pies cúbicos en 1996 a 52 trillones de pies cúbicos, es decir 10 veces más en el año 2000. Cuando se certifica la existencia de reservas probadas y probables de 52 trillones de pies cúbicos en el año 2000, el escenario político alrededor del tema del gas cambia. Estamos hablando de una reserva radicalmente distinta de la que teníamos antes y estamos hablando del debate sobre las condiciones de administración de manejo y de beneficio de esa riqueza, ¿por qué la crítica a la capitalización si el resultado es tan positivo, 3 000 millones de dólares de inversión que permiten esa contestación?. Porque el costo, el precio de este logro es demasiado alto en función de la concesionalidad en la relación entre Estado boliviano y empresas inversionistas.

La percepción general, que comparto, es que el beneficio que se tiene para Bolivia en comparación al beneficio que tienen las empresas petroleras no es justo y que tenemos que reformularlo. El nivel de impuestos y regalías es demasiado bajo y no justifica verdaderamente el aporte de Bolivia, que significa realmente ese conjunto gigantesco de reservas de gas. Este es el proceso de cambio en el que hemos estado trabajando para tratar de ser justos, guardando la idea de seguridad jurídica, guardando la idea de fe del Estado, guardando la idea de interés en inversión externa; pero haciendo comprender que después de una hecatombe política violenta, dramática, como la que vivió Bolivia no podemos pensar el país en su relación con las empresas petroleras y con la inversión, del mismo modo. Podemos mejorarlo en



función de nuestros intereses, sin llegar a un punto que haga poco atractivo el país; que sea un punto de referencia o un marco de referencia para la inversión externa.

Este ingrediente del gas se suma a un conjunto de factores emocionales que caen sobre el Presidente Sánchez de Lozada. La idea de que el proceso de capitalización no había sido bueno para Bolivia, la idea de que no contento con "la entrega" de esos recursos a las empresas inversionistas, el Presidente quería, además, vender el gas por Chile. Y a partir de esos elementos, la explosión social que tiene como bandera principal el tema del gas -y es una bandera importante y genuina de protesta popular- pero que tiene como escenario detrás esta crisis política que se ha agudizado y como escenario detrás, una larga factura histórica de exclusión, de discriminación, de pobreza no resuelta, de sentido de que no hay equidad ni hay justicia. Todo ese conjunto de cosas van a confluir en la crisis de octubre y en su resolución.

¿Cuáles son las lecciones de esta crisis?

Primero, que no podemos tener los mismos mecanismos de análisis en el antes y en el después; ni para la construcción de la nueva realidad política de Bolivia, ni para la solución del tema específico de la política de hidrocarburos, ni para aquellas demandas fundamentales que exigen respuestas más allá de los temas macroeconómicos y que nos obligan a dar un giro en el modelo económico vigente hasta antes de esta crisis de octubre. Y no es que lo que Bolivia haya vivido de manera agudizada sea algo que no esté viviéndose en otros países de América Latina y aún del mundo. Es que cada uno de los países encuentra la solución o la no solución de sus crisis de manera distinta, y es a partir de estos desafíos que tiene que encontrarse respuestas. Esas son las razones que me condujeron a establecer una línea divisoria y una propuesta política como Presidente, una propuesta económica y una propuesta social, a partir del 17 octubre.

La propuesta política tenía que ver y tiene que ver con dos elementos fundamentales; primer elemento, referéndum, que tiene dos consecuencias para mí muy importantes: primera, la inclusión del concepto de democracia participativa que se suma a la democracia representativa, no la sustituye pero sí la fortalece. No solamente vamos a utilizar el mecanismo de la democracia representativa a partir de la elección de Presidentes, Vicepresidentes, Senadores, Diputados y Municipales, sino que vamos a encontrar, con una modificación constitucional que se dio el 20 de febrero de este año, este nuevo mecanismo de democracia directa -para decirlo de alguna manera ilustrativa- que permita al ciudadano tomar decisiones sobre asuntos fundamentales en su vida.

Y el segundo elemento y consecuencia, es que terminemos el debate sobre el gas en función de opiniones subjetivas, de líneas de pensamiento políticamente fuertes, de representaciones muy discutibles de carácter corporativo y entreguemos en el voto popular, la pregunta y la respuesta de qué es lo que Bolivia quiere hacer con sus recursos en un momento en el que no hay otra opción intermedia, si no teníamos un referéndum que estableciera claramente que es lo que Bolivia quería hacer con su gas, íbamos a seguir con una discusión que nos iba a bloquear de manera interminable y que nos iba a ser inviables, desde la perspectiva de la comunidad internacional. Porque después de la crisis de octubre, más allá de cuanto pueda explicarse y cuan razonable pueda ser esa explicación, está claro que la comunidad internacional se preguntaba francamente: ¿Bolivia puede seguir adelante discutiendo



si va o no a exportar su gas?, ¿Bolivia será capaz de construir un escenario democrático de largo plazo que termine la continuidad del final del mandato al 6 de agosto del 2007 del Vicepresidente hoy convertido en Presidente?, Si Bolivia dice no a la venta de gas, ¿de que estamos hablando en acuerdos internacionales, de cooperación, de financiamiento, de hacer de Bolivia sujeto de crédito para seguir en la inserción internacional de la que Bolivia lamentablemente es tan dependiente en la óptica de necesidad de cooperación y de necesidad de financiamiento internacional?.

Por lo tanto teníamos que establecer una respuesta de fondo al tema y esa respuesta de fondo llegó afortunadamente el 18 de julio, con algunos elementos de "yapa", por decirlo así, que nos permiten tener una visión más optimista del futuro.

El miedo a que Bolivia era un país de inestabilidad y de explosividad que estaba allí en cualquier momento, la volatilidad de la situación boliviana. A partir del 17 de octubre, la permanencia de nuestro gobierno estuvo siempre en tela de juicio.

¿Podrá resistir este gobierno, con sus particulares características, hasta un momento como este y más allá?.

Si bien la popularidad del Presidente se mantuvo del 82% al 68% en el punto más alto y el punto más bajo en 10 meses de gobierno, era evidente que las encuestas eran un referente, pero necesitábamos transitar por el desafío del voto.

El otro aspecto importante era las amenazas de violencia de quienes decían representar a sectores encontrados con el referéndum, que buscaban la nacionalización del gas y la nacionalización de los hidrocarburos, expropiación o confiscación sin ningún tipo de matiz y la demostración "de que nosotros estamos representando, los que queremos la nacionalización, la verdadera voluntad popular". Vamos a quemar urnas, vamos a bloquear carreteras, vamos a boicotear el referéndum. Ese escenario era el que estaba adelantando de manera amenazadora, el desarrollo y la realización del referéndum.

El referéndum se hizo sin un solo incidente violento. Se realizó en la más absoluta tranquilidad con una vocación cívica participativa extraordinaria. La ciudad más polémica como potencial de violencia, El Alto, fue la que tuvo el mayor nivel de participación de todas las ciudades del país. Tuvimos una participación de voto en el referéndum que estuvo en el rango del 60%, el porcentaje de participación más alto de referéndum en América Latina en los últimos 20 años.

Y la otra pregunta, ¿el referéndum va a romper Bolivia?, ¿va a dividir Bolivia?, porque hay un país del oriente y hay un país del occidente; el país moderno y el país que quieren anclarse en el pasado político y de una cierta nostalgia de una historia irreplicable. Y resulta que el voto de Tarija en el sur, el voto de Santa Cruz en el oriente, el voto de Potosí en el occidente, el voto de Oruro en el occidente, en términos comparativos es casi exactamente el mismo. Si ustedes hacen la comparación estadística de la respuesta a las cinco preguntas en los nueve departamentos, las diferencias son dos o tres puntos.

Todo el país vota de manera uniforme, en las tres primeras preguntas de una manera, con muy alto porcentaje del sí; y en las dos últimas preguntas, un poco más bajo, pero con un sí rotundo en las cinco preguntas. No hay tales visiones distintas de país, ni



criterios radicalmente diferentes: en un lado, nacionalizadores; en el otro lado, en contra de la nacionalización o en contra de una lógica o de una línea de las preguntas. Se rompe el mito de que hay sectores radicales capaces de hacer generar violencia, porque tienen banderas poderosas. Ni representan a nadie, ni tienen banderas poderosas. Se rompe el mito de que los cruceños piensan distinto a los potosinos, que los orureños o que los tarijeños piensan distinto que los pandinos.

En el conjunto, el país responde de manera común al mismo tema, sobre el mismo problema. Y esto marca la posibilidad de romper una hipoteca, de abrir un espacio de discusión, de definir un camino sin ningún tipo de restricciones. En otras palabras, el gas boliviano se vende. El gas boliviano, se exporta, sea como materia prima, sea como producto industrializado. En otras palabras, estamos hablando de una nueva relación entre el Estado y las empresas inversionistas, garantizando su inversión, su seguridad jurídica y nuestro interés en que permanezcan y crezcan en su trabajo de inversión.

¿Qué marca adicionalmente el referéndum? El comienzo de un giro en el que el Estado recupera presencia protagónica, sin repetir -y esta es la intención- los errores del capitalismo de Estado burocratista, hiperpesado, muy corrupto y poco eficiente, que vivimos en la década de los años 50, 60 y 70. Es una apuesta compleja, por supuesto que sí.

Vamos a tratar de responder de manera eficiente a una presencia estatal que no repite errores, pero que sí recupere aquellos elementos importantes: el control de propiedad en boca de pozo que permite precios y comercialización en decisión estatal. El control de la decisión de exportación del gas en poder de Bolivia, a través de su empresa estatal y no en negociaciones directas de empresas privadas. La capacidad de niveles impositivos no confiscatorios, pero que tengan una relación de equilibrio mayor que la que teníamos en el pasado, con la anterior ley. La posibilidad de fomentar a través de exenciones impositivas, la industrialización en territorio boliviano y la capacidad de hacer que el país crea de verdad que somos capaces de invertir adecuadamente el dinero que vamos a recibir, con condiciones específicas de inversión en educación, salud e infraestructura.

Si esta es una respuesta que descentraba un gran problema, tenemos que resolver el otro desafío que es la renovación político partidaria, que es una tarea en la que el gobierno tiene un papel importante, pero que no va a resolver en sí misma. No deja de ser significativo que nuestro gobierno tiene cero diputados y cero senadores. Cero quiere decir cero. Y que no hemos hecho ningún acuerdo de largo aliento con ningún partido, entre otras cosas, porque en el momento en que yo hiciese un acuerdo con cualquier partido, sea el MAS, el MIR, MNR o ADN, etc. El respaldo del Presidente caería, nada más al firmar el acuerdo, 25 puntos, porque el nivel de credibilidad de los partidos es muy bajo. Por lo tanto, no es políticamente deseable el que yo haga acuerdos que me van a comprometer de una manera significativa la popularidad y que además van a generar una cohesión de la relación oficialismo-oposición, que limita terriblemente las capacidades negociadoras del gobierno.

A lo largo de estos 10 meses, en consecuencia, hemos logrado aprobaciones, como una reforma constitucional. Hemos logrado la implementación de un impuesto a las transacciones financieras, hemos aprobado la ley del referéndum, además de otras



muchas leyes, en función de acuerdos específicos para temas concretos, con diferentes bancadas y en diferente contexto.

Es una tarea difícil, es una tarea inédita, pero que hasta ahora ha funcionado. No va a ser fácil el camino que tenemos por delante, pero nos permite una lógica distinta, porque nuestras negociaciones no están vinculadas a la cantidad de cargos que yo le pueda dar a un partido, ni a la cantidad de negocios que podamos hacer en una u otra dirección. Está estrictamente referida a mi interés de Estado, que es entendido - perdemos a veces, ganamos otras-, pero no es imposible llevar adelante esa relación. No es deseable en el largo plazo, sería una ingenuidad suponer que vamos a construir un modelo político sostenible después de mi gobierno.

Soy un convencido de que no se puede concebir la democracia sin partidos políticos fuertes, creíbles, sin partidos políticos que sean mediadores entre sociedad y Estado. Se ha creado en nuestra Constitución un mecanismo nuevo que se llama agrupaciones ciudadanas y pueblos indígenas, que pueden presentar candidaturas sin ser partidos, pero que inevitablemente como ha ocurrido en otros países de América Latina, se transformarán en partidos en la medida en que tengan un triunfo electoral y que se vayan consolidando como administradores del poder municipal, departamental o nacional.

Pero este nuevo escenario no puede repetir los mismos errores y los mismos vicios de una democracia que cumplió un rol, positivo, y esto quiero subrayarlo. Sería una estupidez de mi parte decir: "lo que vivimos entre el 82 y ahora, fueron solamente errores", no. Se han hecho avances significativos que han profundizado institucionalización y democracia, pero se han dado hechos y elementos de retroceso, particularmente preocupantes, que requieren de un cambio de mentalidad y de actitud para recuperar credibilidad.

Tenemos ahora unas elecciones municipales que en el actual contexto van a trascender el tema municipal para convertirse en una reestructuración de representación, porque después de octubre, el Parlamento elegido en agosto de 2002, no tiene la misma capacidad de representar, en este momento, las tendencias mayoritarias de la sociedad boliviana. Los partidos tradicionales, fundamentalmente MIR, MNR, ADN y NFR tienen la obligación de replantearse el futuro y su relación con la sociedad.

Generacionalmente Bolivia está en un momento de transición: la muerte del Presidente Banzer por enfermedad y el ascenso del presidente Quiroga. El presidente Banzer tenía 75 años, el presidente Quiroga, 41. Marcó un cambio generacional, independientemente de que lo representasen ideológicamente. Y el país leyó la necesidad de una renovación de liderazgo que tiene que establecerse en las personas y en los partidos.

¿Cuál va a ser el papel que juegue una estructura como el MAS de Evo Morales? ¿En qué medida su apuesta a favor del referéndum, que fue positiva, y de no generar conflictos sociales importantes ahora, va a continuar una vez que hemos dado el salto de la aprobación del referéndum? Y ¿en qué medida la política tradicional para ganar las elecciones municipales no tentarán a Evo Morales y su partido a entrar en la vieja lógica de confrontación sobre las mismas bases en que se manejaron los partidos hasta antes del 2002?. Es difícil de saber. ¿Qué podrán hacer los partidos



tradicionales? ¿Serán capaces de renovarse? ¿Tenemos opciones nuevas? Aparecen organizaciones pequeñas que están creciendo y que, de pronto, pueden generar una opción distinta. Este es un tema pendiente en Bolivia.

El otro tema pendiente en Bolivia es este giro que representa nuestra Ley de Hidrocarburos y, el programa económico que yo presenté en febrero, que establece la necesidad de fomentar productividad, apoyar exportaciones, establecer una relación en la que el dogmatismo ortodoxo de lo que es subvención; el mecanismo ortodoxo de mantener el tema macroeconómico y la política fiscalista como los únicos elementos, debe ser sustituido por una lógica distinta. Que el Ministerio de Desarrollo Económico sustituya al Ministerio de Hacienda en el liderazgo y la programación de la economía. Que volvamos a hablar de la palabra planificación, sin que eso quiera decir ni capitalismo de Estado ni Estado que establece controles que están más allá de lo razonable, aceptando la existencia de una economía abierta.

Estos son, por lo tanto, los otros elementos en los que tenemos que trabajar. Apoyar el proceso de reactivación económica, después de que pasa la crisis internacional y en función de los caminos que tenemos por delante todavía: de recuperación de empleo, que es nuestro gran problema y nuestro gran talón de Aquiles, en contradicción o en paradoja con un crecimiento internacional de precios que están haciendo que Bolivia vuelva a niveles de crecimientos superiores al 4 por ciento. Ojalá que lleguemos a esa cifra a fin de año. Y exportaciones que nos acerquen a los dos mil millones de dólares, que, considerando nuestro promedio histórico de la década del 90, de mil doscientos millones de dólares, pueden ser un salto significativo; sin contar todavía con el tema del gas que puede multiplicar eso dos o tres veces, si las cosas van en la dirección que creemos que pueden ir. No durante mi gobierno, sino a partir del 2008 o 2009.

Quiero redondear este escenario con una reflexión final en torno a un tema particularmente sensible. El tema de la reivindicación marítima boliviana. Antes de octubre del 2003, el presidente Ricardo Lagos se vinculó con el Presidente Banzer, el Presidente Quiroga y el presidente Sánchez de Lozada, planteando la posibilidad de un enclave con una serie de ventajas económicas muy significativas a favor de Bolivia, para lograr que Bolivia hiciera la exportación del gas a través de un puerto chileno.

La lógica del presidente Lagos era que el camino hacia la solución del problema marítimo boliviano tiene una palabra clave, como ustedes saben, que se llama soberanía. Tenía que construirse progresivamente y que acercarse en esa dirección a ventajas comparativas, casi, casi al límite, salvo la bandera boliviana ondeando como representación de soberanía. Era posible como un paso uno, para ir a un paso dos y a un paso tres. Nunca se firmó ningún documento, nunca se estableció ninguna propuesta formal de parte de Chile, y ésto es muy importante de subrayarlo. Todo, por lo que yo sé, se manejó en el marco de conversaciones a nivel presidencial, pero que no se tradujeron en una oferta concreta de ninguna naturaleza que pueda quedar documentada. Pero ésta era la idea.

Esa idea tiene un antes y un después de la crisis de octubre. Creo que el razonamiento del Presidente de Chile, antes de la crisis de octubre, era un razonamiento interesante y, si efectivamente estaba en el marco que se me ha explicado que se planteó, era un razonamiento que mostraba una actitud positiva de parte de Chile.



La percepción boliviana, aparentemente -todo esto se maneja en un marco de informalidad en la medida como digo que no hay ningún documento- fue positiva. Es decir, los presidentes que me antecedieron escucharon con interés esta posibilidad.

¿Por qué los presidentes de Bolivia no dieron el salto para traducir estas intenciones en algo concreto?

Porque tenían el miedo, la susceptibilidad, la preocupación, de que la sociedad boliviana no entendiera la dimensión de este camino o no considerara que la dimensión de este camino, era suficiente. A qué punto es la sensibilidad boliviana tan profunda en el tema que, sin que nunca ningún presidente, ni siquiera el presidente Sánchez de Lozada, le plantease ni directa ni indirectamente a la sociedad boliviana esa opción, estalla la crisis sobre el supuesto de que hay una intención, en el marco del manejo de los medios de comunicación, del rumor, del comentario, de lo que se supone que va a pasar y de la posición muy clara de las empresas inversionistas que siempre dijeron Chile es la única opción, se va construyendo un escenario de enrarecimiento que estalla en octubre.

El gas y el puerto son la bandera que flamea en primera fila, detrás de la cual están todos estos problemas que he desarrollado a lo largo de mi conversación de ahora. Y une de manera galvanizadora al conjunto de la sociedad boliviana que se enfrenta al Presidente Sánchez de Lozada y termina forzando su renuncia, porque se hace absolutamente insostenible su permanencia en el gobierno ante la evidencia de un conjunto nacional de presión que termina, como ustedes saben, incluso con la muerte de casi 60 personas.

Si no somos capaces de leer lo que representa este hecho, no seremos capaces de entender por qué, aparentemente o realmente, la posición del presidente de Bolivia, Carlos Mesa, es la que se plantea en enero del 2004, en Monterrey. La racionalidad y la lógica del presidente de Chile es una racionalidad y una lógica que yo entiendo, pero que requiere comprender a su vez lo que pasó en Bolivia.

Pretender hoy un debate sobre las premisas previas a octubre del 2003, entre Chile y Bolivia, es una ilusión. Es una ilusión que no conduce sino a un callejón sin salida. A un camino cerrado. Este es el punto que me interesa reflexionar con ustedes. No responde al voluntarismo de una persona y no responde, ni muchísimo menos, a la fácil argumentación de que yo utilizo el tema del mar para tapar problemas de fondo de Bolivia y para ganar popularidad ante el pueblo boliviano. Esa es una apuesta que te puede durar unas semanas o unos meses, pero que se acaba cayendo por su propio peso. Si tu única intención es demagogia y populismo, la demagogia y populismo pagan un tiempo y después acaban desmoronándose. No es mi sensibilidad, ni mi estilo, ni mi forma personal de gobernar. Si he tomado una posición clara en el tema de mi vinculación con el problema marítimo boliviano es porque creo genuinamente, que hoy en el contexto histórico de Bolivia, no tiene caso seguir dando vueltas alrededor del tema sin tomarlo en el eje y desde el centro. Yo le he expresado al presidente de Chile, y este es el punto de diferencia, lo entiendo, no es fácil para él, él tiene una posición y una tradición histórica de su país, que hoy la palabra soberanía no es el final del camino sino el principio del camino. Hoy, en el contexto actual y corrida toda el agua que ha corrido, si Bolivia y Chile no se sientan a hablar del tema de soberanía, no van a poder encontrar una respuesta real al problema.



Insisto en ello, una de las lecciones más dolorosas que hemos aprendido los bolivianos, es que la realidad no se puede forzar a la imagen y semejanza de mi racionalidad. La realidad te impone una serie de condiciones ante las cuales tu tienes que ser capaz de responder adecuadamente.

Sería insuficiente el planteamiento en seco y per sé de la palabra soberanía, como una reivindicación de carácter sentimental. Tiene que entenderse en determinado contexto.

¿Cuál es ese contexto?.

Primero: Bolivia ha tenido diferentes conflagraciones internacionales a lo largo de su historia, casi todas ellas guerras coloniales, no voy a entrar en detalles sobre ello. Bolivia un país muy, muy vinculado a la montaña ha combatido casi siempre fuera de sus centros urbanos, nunca una guerra internacional boliviana ha tocado ni siquiera remotamente una ciudad importante del país. Y, uno de los problemas recurrentes de Bolivia, ha sido la incapacidad de un dominio de soberanía objetiva sobre aquellos espacios que jurídicamente le pertenecían.

Pero, el resultado de esas conflagraciones internacionales nunca le quitó a Bolivia su capacidad de gravitación en un determinado escenario geopolítico y geográfico. El Acre (Brasil), El Chaco (Paraguay), nunca hicieron que Bolivia perdiese su presencia en el Amazonas o su presencia en el Plata para mencionar los dos ejemplos más evidentes. La Guerra del Pacífico le quitó a Bolivia su gravitación objetiva en la Cuenca del Pacífico, que es, en el siglo XXI, la cuenca del presente o del futuro, como ustedes quieran. Perder su gravitación sobre la Cuenca del Pacífico es una mutilación de extraordinaria importancia. Esta es una diferencia fundamental, porque es para Bolivia, hoy 125 años después de un tratado importante, la recuperación de esa gravitación, de esa cualidad y de esa presencia.

Un segundo elemento: El impacto económico-histórico que ha significado el enclaustramiento boliviano, ha tenido una repercusión muy grande sobre su desarrollo y sobre su capacidad de crecimiento económico. ¿Que Chile tiene la culpa de la pobreza de Bolivia? Obviamente, la caricatura no está dentro de mis razonamientos. Es obvio que los problemas de la pobreza de Bolivia, de su incapacidad de lograr resultados mejores de los que tiene, de su injusticia y de su exclusión es, en gran medida responsabilidad de las elites bolivianas que no fuimos capaces de llevar adelante un manejo adecuado del país.

Pongamos las cosas en su exacta dimensión. Eso no quita que el enclaustramiento es un factor significativo que condujo o que apoyó o que ayudó a que Bolivia no creciera adecuadamente. Ese es otro elemento importante para analizar por qué para Bolivia, es fundamental el tema de la recuperación de su soberanía marítima. Pero sigue siendo insuficiente si no tenemos una visión de futuro. Cuando yo hablo de soluciones del siglo XXI, para resolver un tema del siglo XIX, tengo que ser capaz de proponer algo más que la solo reivindicación.

Estoy absolutamente convencido, y ese es uno de los grandes dramas de la historia entre Chile, Perú y Bolivia, que sobre todo en un área determinada de las tres geografías hay una vocación común, un destino común, estamos o condenados o bendecidos, según se quiera mirar, a ir juntos hacia delante y en la medida de



desencuentros y de espaldas que se dan unos a otros, estamos frenando ese desarrollo.

Las economías de Bolivia y de Chile son complementarias. Nos necesitamos y podemos trabajar juntos de manera extraordinariamente positiva. Este es un aspecto que me parece muy importante. No podemos pensar y concebir un desarrollo del norte de Chile, del oeste de Bolivia y del sur del Perú dándose la espalda. No podemos seguir apostando a hundirnos por no tener la capacidad de abrir un espacio de desarrollo mutuo y esto es esencial y tiene mucho que ver con lo que hemos firmado ayer y hoy con el presidente Toledo. El concepto de integración, de complementación económica, de sociedad en todos los ámbitos, particularmente en el energético, que creo que es perfectamente posible, perfectamente viable con Chile, siempre y cuando seamos capaces de resolver este problema. En otras palabras, la solución del problema de la soberanía de Bolivia es una solución que no es estrictamente sentimental, ni que hace específicamente resolver un problema de Bolivia, sino que abre un escenario y un espacio de complementación, de integración y de desarrollo común y compartido entre Chile, Perú y Bolivia.

Siempre he creído que un tema de esta naturaleza debiera discutirse de frente entre tres presidentes de tres países que se llaman Perú, Bolivia y Chile. Hay un veto que sigo sin entender que impide que eso ocurra. En lo que toca a Bolivia, nuestra voluntad inequívoca es sentarnos, en cualquier momento, a una discusión sobre temas de integración. Que probablemente tendrán que tocar el tema del mar, dirán ustedes, no somos ingenuos!. Sí. El eje central de una discusión entre los tres presidentes es el tema del mar, o el tema del mar es un elemento de un debate mucho más profundo y mucho más importante en tres países ligados indeclinablemente por la historia.

Esto tiene, además, un proceso de expansión mayor. Estamos en un momento -lo ha mencionado con claridad el Secretario General de la Comunidad Andina- de integración continental. Concebir el IIRSA sin pensar en Brasil tocándose la mano con Chile sería un absurdo. Y esa mano, por lo menos en uno de los niveles, pasa por Bolivia.

¿Podemos trabajar en procesos de integración de infraestructura fundamentales con dos países que no tienen relaciones diplomáticas entre sí? Cuando estamos hablando de un gran nudo energético de integración en América del Sur, ¿qué lugar geográfico ocupa Bolivia en esto? Desde el punto de vista específico del lugar del mapa y desde el punto de vista específico de la cantidad de reservas de gas que Bolivia tiene. ¿Cómo logramos integrar a América del Sur energéticamente, por la vía del gas y del petróleo, si Bolivia y Chile no pueden mirarse claramente a la cara?.

En consecuencia el precio que estamos pagando por el tema no resuelto, es demasiado alto. En función de intereses comunes y si algo me plantea la decisión de haber hecho el acuerdo con el Perú, que garantiza la exportación de gas boliviano por el Perú, es que no quiero que se lea el tema del gas como un chantaje. Es tan absurdo "gas por mar". Suena simplemente a una transacción de un "gang" y no estamos en eso. La solución del tema del mar boliviano, no pasa por si yo le voy a vender gas o no le voy a vender gas a Chile. Que Chile necesita gas y que Bolivia tiene gas, es obvio!. Y que, si tuviéramos relaciones diplomáticas fluidas, ya estaríamos vendiéndole gas a Chile..por favor!!. Sería un gran negocio para ellos y un gran negocio para nosotros.



No quiero contaminar el tema. Cuando hablé en la pregunta cuatro, del gas como recurso estratégico, es lo que estoy haciendo hoy, el uso del gas como recurso estratégico en función de un objetivo mayor, que me permita ver tres países. Inevitablemente tendremos que hablar del tema, directa o indirectamente, pero que si no llegamos a ese punto, no podremos encontrar una respuesta. Ojalá que el presidente de Chile y el gobierno de Chile, entiendan esta lógica. No es el capricho de una persona, no es la visión populista y demagógica de un presidente, no es el sentimiento absurdo de una nación enceguecida. Es el conjunto complejísimo de factores que nos han colocado donde estamos. Y este -y no otro- es el momento de tomar decisiones.

El presidente Toledo ha utilizado muchas veces el término y creo que es pertinente: "hay que tomar el toro por las astas". No tiene caso que yo me sienta con el presidente de Chile para seguir dando vueltas y tratar de encontrar respuestas intermedias que sé que en Bolivia no van a funcionar. Prefiero jugar el riesgo de la franqueza y decirle: "Presidente, esta es la situación, intentemos una respuesta sobre esta realidad". Con un escenario abierto, de mente absolutamente consciente de la dificultades. Pero no quiero ni engañar a Chile ni engañar al pueblo de Bolivia.

Ojalá que pudiéramos leerlo de esta manera. Si lo leemos de esta manera, lo que tenemos por delante es extremadamente difícil. Yo entiendo perfectamente las dificultades de opinión pública que tiene el Presidente Lagos, porque es fácil decirlo desde Bolivia, pero a un chileno decirle: "Sabe, tiene usted que ceder una equis cantidad de territorio", es complejo!. Porque hay una lectura histórica y hay una sensación y hay visiones de nacionalismo que también tiene el pueblo chileno y no necesariamente la misma sensibilidad de otro país como Bolivia, que siente que se le arrebató algo injustamente y que, por lo tanto, reclamarlo es razonable. Más aún cuando perdimos 120 mil kilómetros cuadrados y 400 kilómetros de costa y no estamos reclamando - porque tenemos un sentido de la realidad- este territorio y su reivindicación total. Estamos planteando un acceso libre útil y soberano al Océano Pacífico, que intente una solución definitiva a este problema.

Antes de octubre la lógica del Presidente Lagos tenía sentido. Yo reconozco que hizo grandes esfuerzos para darle respuestas razonables a Bolivia. Después de octubre, esa lógica, lamentablemente, no funciona, y yo tengo un compromiso con mi país pero sobretudo, con una realidad que plantea una serie de condicionantes que comparto y que trato de resolver con claridad.

No tengo ni tradición diplomática, ni tradición política lo cual me plantea muchas desventajas, pero quizás ventajas. Me permite una forma de razonamiento y una forma de planteamiento que, en general, está funcionando porque no oculto muchas cosas, planteo directamente mis puntos de vista y trato de ejecutarlos con la mayor claridad posible.

Este es el escenario complejo de Bolivia. Estos son los desafíos que tenemos que van a culminar en un vértice -y termino aquí- que se llama: Asamblea Constituyente. La asamblea Constituyente es la necesidad urgente de un país en el que las relaciones entre el estado y sociedad se han roto. Un estado que ha perdido credibilidad y legitimidad. Un estado que no es capaz de imponer con claridad el orden dentro de su sociedad, sino a través de la legitimidad que hemos ido construyendo poco a poco,



con mucha paciencia, mucho sentido democrático y mucha capacidad y flexibilidad para el diálogo.

Eso me ha permitido mantener un nivel de respaldo popular, por encima del 65%. Vamos a ir reconstruyendo esto pero, una persona no representa al estado y por lo tanto tenemos que reconstruir la relación estado-sociedad de manera más integral y coherente. Y, por eso, es que trabajamos en una Asamblea Constituyente. Tan difícil como el referéndum, más probablemente. Esa Asamblea Constituyente debiera dejar para el 2007 un nuevo pacto social, una sociedad que ha vuelto a diseñar el escenario de país que quiere a través de su Constitución. Una economía que funcione con un estado con mayor intervención y una lógica en nuestras relaciones internacionales que sea clara, sin ambigüedades y con transparencia. Ojalá que tengamos éxito en el camino que es muy difícil, muy complejo, pero créanme he tratado de aprender que la realidad debe ser un referente fundamental para darle respuestas, más allá de lo que yo pienso, de mis ideas y de aquellas cosas que yo podía creer que eran inamovibles. Hoy, después de los traumas que hemos vivido y que yo personalmente he pasado sé que el dogma es el peor enemigo de un gobierno razonable para cualquier sociedad.

Muchas gracias.